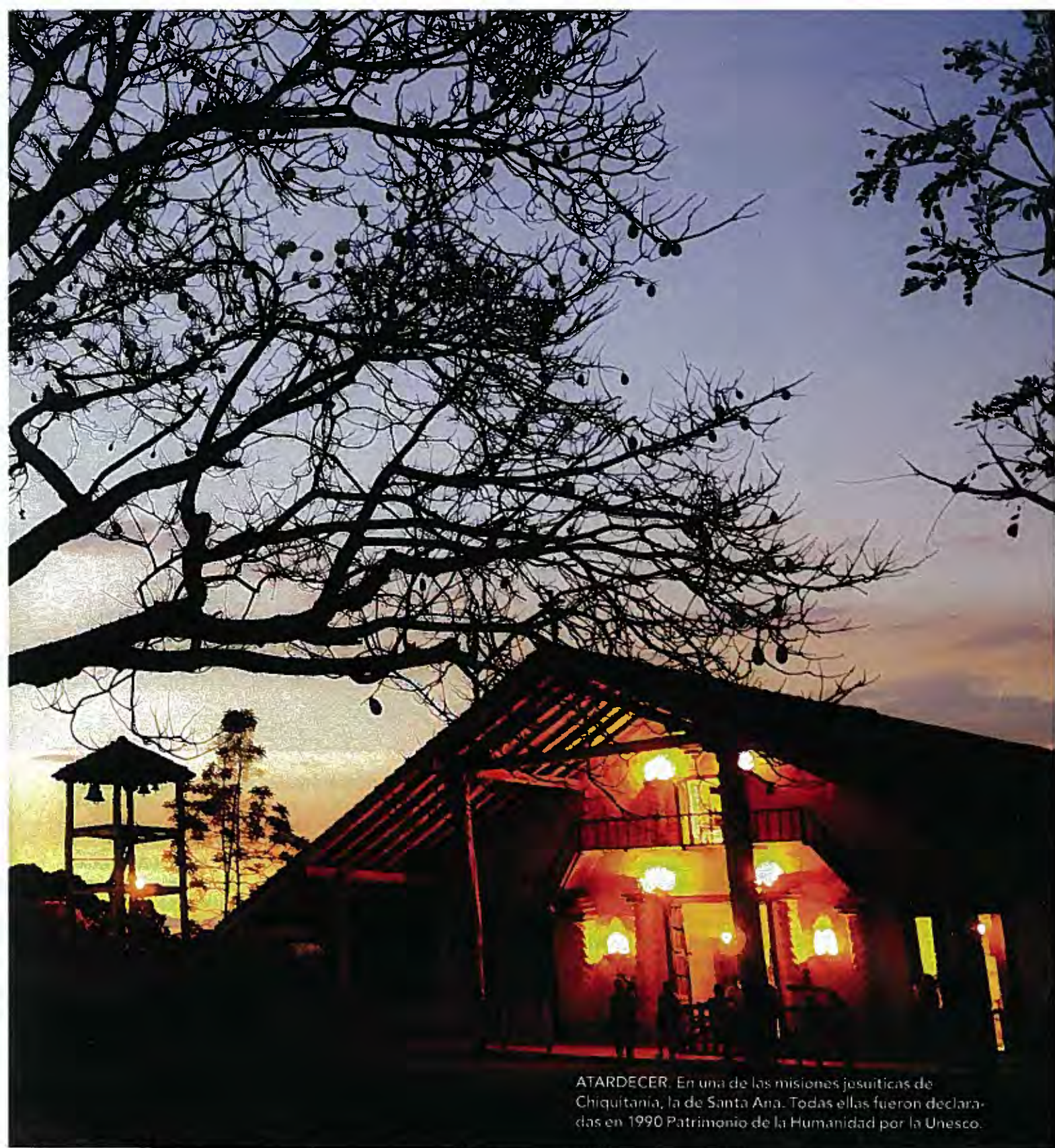




MISIONES DE BOLIVIA



ATARDECER. En una de las misiones jesuíticas de Chiquitania, la de Santa Ana. Todas ellas fueron declaradas en 1990 Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

LA REGIÓN DE LA CHIQUITANIA ES HEREDERA DE LA HISTORIA DE LAS MISIONES DE LOS JESUITAS. HACE TRES SIGLOS, ELLOS INTRODUCIERON LA MÚSICA BARROCA EN LOS PUEBLOS INDÍGENAS. LOS MISIONEROS FUERON EXPULSADOS, PERO LOS ACORDES DE VIOLINES Y VIOLONCHELOS AÚN SUENAN

TEXTO XAVIER MORET FOTOS FÉLIX LORENZO

LA GUÍA

CÓMO LLEGAR

Aerosur tiene vuelos directos de Madrid a Santa Cruz de la Sierra. Otra opción es volar a São Paulo (Brasil) o a Buenos Aires (Argentina) con Iberia o Aerolíneas Argentinas y desde allí, con Aerosur, a Santa Cruz.

EN SANTA CRUZ

Buganvillas Hotel Suite & Spa. Avenida Roca y Coronado, 901. Con piscina y buenas instalaciones. **Hotel Asturias.** Calle Moldes, 154. Céntrico, con jardín y piscina. **Restaurante La Casa del Camba.** Av. Cristóbal de Mendoza. Comida típica en un ambiente popular, con mesas al aire libre y conciertos.



EN CHIQUITANIA

Hotel Momoqui. San Xavier. Muy cerca de la misión jesuítica, con piscina. **Hotel Chiquitos.** Concepción. Ambiente colonial, con piscina, jardín y orquídeas. **Hotel San Ignacio.** San Ignacio de Velasco. En la plaza central. **Hotel La Misión.** San Ignacio de Velasco. En la misma plaza, de más lujo. En esta región se rodó la película *La misión* (arriba).
www.boliviacontact.com



La emoción que se siente al escuchar la música barroca que interpretan los muchachos indígenas de la Chiquitania, región situada en los llanos del sureste de Bolivia, en la provincia de Santa Cruz, es algo que trasciende el fenómeno puramente artístico. A la limpia ejecución de violines y violonchelos se suman las voces de unos coros que parecen obtener su fuerza de la tierra rojiza o de la selva en la que se asientan los pueblos herederos de la azarosa historia de las misiones, o reducciones, fundadas por los jesuitas 300 años atrás. El Festival Internacional de Música Barroca de la Chiquitania, que se celebra cada año desde 1996, es una buena ocasión para conocer este interesante conjunto de misiones, declaradas Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1990.

Las reducciones jesuíticas, fundadas entre 1691 y 1760 según los planteamientos utópicos del siglo XVI, tienen su origen en un afán evangelizador que se concretó en unos asentamientos en los que se pretendía colonizar a los indios de una región que los españoles bautizaron como Chiquitania, al deducir erróneamente, por el tamaño de las puertas, que sus habitantes debían de ser "muy chiquitos".

La labor misionera se desarrolló por desgracia en un trasfondo generalizado de maltrato al indio por parte de los traficantes de esclavos y de los ambiciosos buscadores de las míticas riquezas de Eldorado, tal como re-

flejó Roland Joffé en su película *La misión*, filmada en estas tierras, interpretada por Jeremy Irons y Robert De Niro, palma de oro en Cannes 1986 y galardonada con el Oscar a la mejor fotografía en 1987.

La llegada al pueblo de San Xavier, donde se encuentra la más antigua de las misiones jesuíticas, permite sumergirse en un poblado de trazado rectilíneo, calles de tierra y casas de adobe de una sola planta en el que reina una calma que contrasta con el bullicio de Santa Cruz, la capital, situada a 230 kilómetros. Esta calma proverbial, sin embargo, se ve alterada a finales de junio por la festividad de san Pedro y san Pablo, cuando en un enclave conocido como Las Piedras de los Apóstoles se celebra un colorido ritual en el que la tradición pagana se funde con la influencia religiosa.

El lugar, una colina poblada de grandes rocas negruzcas que domina los tejados de San Xavier, impresiona desde el primer momento; y más cuando en la base de la misma aparecen las mamas, mujeres de avanzada edad, cabellos grises y a menudo desdentadas, que hablan en el idioma de la región, el *bésiro*, y van ataviadas con túnicas blancas y sombreros de paja de vivos colores. Con sonrisas y abrazos, las mamas dan una alegre bienvenida a los visitantes y les guían hasta la pequeña explanada que hay en el punto más alto, entre grandes rocas que parecen cumplir la función de abrigo. Es allí donde estalla la música y la danza colorista de los *yarituses*, indígenas ataviados



con máscaras, plumas y cascabeles que parecen escapados de siglos pasados.

“Esta danza tiene más de 300 años y antiguamente se hacía para llamar la atención del *piyo*, que es como aquí llamamos al ñandú, el avestruz americano. Por eso los *yarituses* llevan plumas en la cabeza”, explica Magno Cornelio, un guía que lleva años estudiando la historia del lugar. “La danza se hacía para cazar a los *piyos*, pero los jesuitas la cristianizaron y la asociaron a la festividad de san Pedro y san Pablo. No es nada extraño, ya que aquí abunda el sincretismo”.

UN CORO Y UNA ORQUESTA

No muy lejos de Las Piedras de los Apóstoles, en la gran plaza cuadrada que ejerce de centro del pueblo, se levanta la hermosa iglesia de San Xavier, con una amplia nave y una fachada que recuerda de lejos la de un chalet suizo. La asociación no es extraña, ya que el jesuita que más se preocupó por estas iglesias fue el padre suizo Martin Schmidt, nacido en 1694.

Entre 1717 y 1767, los años que permaneció en la Chiquitania, Schmidt impulsó la construcción de varias iglesias y se preocupó de que cada pueblo contara con un coro y una orquesta. En sus *schola cantorum* construyó instrumentos musicales y formó a algunos indios como artesanos y maestros de música para que le ayudaran en la evangelización. Después de que Carlos III decretara, en 1767, la expulsión de

los jesuitas, que ya nunca más volverían a la región, fueron los mismos indígenas quienes se preocuparon de mantener una tradición musical que, aunque se ha perdido en los países vecinos, se mantiene muy viva en la Chiquitania.

“La misión de San Xavier data de 1691 y la iglesia, reconstruida por el padre Schmidt, de 1749”, apunta el guía Magno Cornelio. “Cuando los jesuitas se marcharon, el pueblo se ocupó de su mantenimiento y la pintó de blanco, hasta que la restauración emprendida a partir de 1987 restituyó las pinturas originales”.

Martin Schmidt, que cuidaría de todas las iglesias de la Chiquitania y construiría las de San Rafael y San Miguel, explicaba en una carta a su hermano, en 1761, cómo era el interior de los templos: “Dos hileras de columnas, ocho en cada una, dividen las tres naves. Estas columnas son árboles gruesos y bien trabajados, como las columnas del templo de Salomón”.

Sorprende, en efecto, la majestad de las columnas, y también los sencillos adornos, el claustro lateral y las dependencias en las que funcionaba la escuela de música. “Cuando llegaron los jesuitas

FIGELES. A la izquierda, la iglesia de Santa Ana, la más sencilla y la más hermosa de las seis que hay en la región. Sobre estas líneas, la misión de San Xavier, que fue la primera en fundarse.





NATURALEZA.

La Chiquitania es una zona agrícola: se cultiva maíz, yuca, arroz y algodón. En la imagen, un ganadero montado a caballo.

► —cuenta Magno Cornelio— aquí vivían varias tribus enfrentadas, pero los religiosos consiguieron pacificarlos y enseñarles a cultivar la tierra y a construir instrumentos y tallas de madera. Para Martin Schmidt, la música fue fundamental para pacificar estas misiones. Aquí, en San Xavier, fue donde se fundó la primera escuela de música, en 1730”.

OBTENCIÓN DEL CAUCHO

Tras la expulsión de los jesuitas, quedaron en la Chiquitania una decena de pueblos, con una población de unas 25.000 personas, que se esforzaron en continuar con el modelo de las misiones. Lo lograron un tiempo, aunque la explotación forestal, centrada al principio en la obtención del caucho, atrajo a aventureros ávidos de riqueza y puso en peligro aquel modelo de vida. Las iglesias, sin embargo, todavía juegan hoy un importante papel, como lo prueban las seis que aún se conservan: San Xavier, Concepción, Santa Ana, San Rafael, San José y San Miguel, convertidas en el corazón de unos pueblos que se levantan como un anacronismo en medio de un paisaje de selva y sabana que sorprende por el verde intenso de los campos, las grandes estancias ganaderas y los bosques en los que estalla de vez en cuando la belleza de las grandes flores

amarillas y rojas de los *tajibos* o de las flores algodonosas de los *toborocho*, los dos árboles más representativos de la

Chiquitania. Las orquídeas, el otro gran tesoro de la región, tienen su gran momento en octubre, cuando se celebra un festival en torno a ellas.

El circuito de las misiones de la Chiquitania permite también hacer un alto en algunas comunidades indígenas. A tres kilómetros de Concepción, por ejemplo, se encuentra la comunidad guayaba, cuyos habitantes reciben a los visitantes con sonrisas, música, danzas y la sencilla comida de la región: horneados tradicionales en los que el arroz y el maíz tienen un papel básico.

No muy lejos de la iglesia de Concepción, en la plaza central, se levanta el Museo Misional, que exhibe tallas realizadas en la región, muestras de artesanía, instrumentos musicales y maquetas que ayudan a comprender la complejidad de la construcción de esas singulares iglesias. Es allí donde el ebanista restaurador Milton Villavicencio cuenta el papel básico que jugó en la conservación de las iglesias el arquitecto suizo Hans Roth, que a partir de 1972 puso todo su empeño en restaurarlas.

“Trabajé durante 23 años como ayudante de Roth”, cuenta Villavicencio. “Cuando empecé, tenía 16 años; ahora tengo 53. Fue él quien impulsó la restauración de las seis iglesias que todavía quedaban en la Chiquitania de las diez que llegó a haber: San Xavier, Concepción, Santa Ana, San Miguel, San Rafael y San José”.

Hans Roth llegó a Bolivia en los años 60 como jesuita y desde el primer momento quedó prendado de la belleza de las iglesias de la Chiquitania. Tras abandonar la congregación, regresó como arquitecto para restaurarlas. “Se casó con una enfermera alemana,

TRAS LA EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS, FUERON LOS MISMOS INDÍGENAS LOS QUE SE PREOCUPARON POR MANTENER LA TRADICIÓN MUSICAL INTACTA



doña Heidi, y tuvo un hijo que hoy vive en Santa Cruz”, resume Villavicencio. “Murió en 1999 en su país. Fumaba mucho; yo siempre le decía que demasiado”.


Recuerda Milton Villavicencio que cuando Roth inició su trabajo, en 1972, las iglesias de Concepción, San Rafael y San Miguel estaban en tan mal estado que casi se caían. “Él empezó desmantelando el techo y sustiuyendo las columnas –recuerda–. Siempre se preocupó de ser fiel al original. Por eso formó a una serie de personas, yo entre ellas, que pudieran trabajar la madera como antes. Algunos nos especializamos en ebanistería, otros en pintura y otros en la construcción de instrumentos musicales”.

AFICIÓN VIVA

Bajo los revoques de las iglesias, Roth encontró pinturas geométricas y vegetales realizadas con materiales naturales y se esforzó en restaurarlas para recuperar el antiguo esplendor. En este sentido, la visita a la iglesia de Concepción, que cuenta con un hermoso campanario, vuelve a maravillarse por la majestad de la gran nave central y sus altas columnas de madera, aunque las pinturas de un vía crucis posterior traicionan su elegancia. En las dependencias adyacentes hay un pequeño museo y un archivo en el que se recuperan las valiosas partituras halladas. “Se encontraron muchos documentos y partituras antiguas –apunta Villavicencio–. En San Rafael, en 1972, Hans Roth encontró partituras en la sacristía, en un cajón de cuero. También en Santa Ana... Recuerdo que cada vez que encontraba documentos se emocionaba. Ahora

están guardados aquí, en el archivo de la iglesia de Concepción, y han sido restaurados con ayuda de la cooperación española. Son partituras fundamentales para los festivales de música, que ahora son un gran éxito gracias a la inquietud de Hans Roth”. En total se encontraron 3.052 hojas de partitura y el proceso de restauración se inició en 1994, con la española Soledad González al frente. El libro más viejo que se conserva es de 1737 y lleva la firma del padre Martin Schmidt.

Durante el Festival de Música Barroca, los conciertos que se celebran en las distintas iglesias son sin duda un aliciente para visitar la Chiquitania. En iglesias como la de Santa Ana –la más sencilla, también la más hermosa– se siente cómo la música barroca interpretada por muchachos de entre 8 y 18 años se esparce al atardecer por las mal iluminadas calles del pequeño pueblo y llega a sus sencillas casas de adobe como una bendición que empezó a gestarse siglos atrás.

No muy lejos de Santa Ana, en San Rafael, se puede visitar, además de otra espectacular iglesia, el centro de artesanía y la escuela de música que ha formado a muchos jóvenes de la Chiquitania. “Aquí hay mucha afición a la música; en la escuela hay unos 40 niños apuntados”, dice María, una chica que aspira a convertirse en guía, mientras Mónica, una estudiosa colombiana especializada en música barroca, con estudios en La Habana y Ginebra, cuenta que ha venido hasta la Chiquitania atraída por su vitalidad musical. “Es algo único en América –repite emocionada–. Es increíble cómo surgieron aquí estas iglesias y llegó a formarse una tradición musical tan interesante”. 

ALEGRÍA. A la izquierda, unas mujeres sonríen al fotógrafo en Santa Ana. A la derecha, un joven toca la guitarra junto a una muchacha en San Miguel.

LA MÚSICA BARROCA SE ESPARCE AL ATARDECER POR EL PEQUEÑO PUEBLO Y LLEGA A LAS CASAS DE ADOBE COMO UNA BENDICIÓN GESTADA SIGLOS ATRÁS